



En su tumba

Es esta, sí; Dios mío, la tumba abandonada,
En donde yace polvo una mujer amada,
Que nadie en este mundo recuerda sinó yó:
Cubierta está de musgo, emblema del olvido,
El mármol se abre en grietas, la yerba que ha crecido
Me oculta ya su nombre que el tiempo aun no borró.

Y hermosa era en la tierra! la veo todavía
Pasearse como el ángel de la melancolía
Bajo los verdes sauces, que verdes aun están!
La veo, sorprendida, mirarme placentera,
Al aire suelta en rizos la negra cabellera,
Sus grandes ojos negros de inmensa luz radiar.

La veo, y en las auras oigo su voz vibrando,
La huella del pié breve me muestra el césped blando
À orillas de las aguas que no la espejan ya. . .
Ay! todo está como antes en la naturaleza,
Apenas si ha teñido un viso de tristeza
Aquel azul del cielo de la felicidad.

Quién me dijera, entonces, Elisa, vida mía,
 Que nada en este mundo, que nada quedaría
 De tanta gentileza, de tanta juventud!
 ¡Quién me dijera, entonces, que yo me resignara
 A renunciar la dicha de que era mi alma avara
 A soportar la vida que no acompañas tú!

Y he recorrido el orbe, la cruz sobre mis hombros,
 Y estoy junto a tu tumba, en medio a los escombros,
 De pie sobre las ruinas del derruido Edén;
 Ruinas del vasto alcázar que una ambición alzaba,
 En donde los tesoros de mi alma acumulaba,
 Y así del infortunio cedió al primer vaivén.

¿Qué hicimos, inocentes, para expiación tamaña?
 ¿Qué hicimos, pobres niños, para irritar la saña
 De ese tropel de bárbaros que nos lo derribó,
 De ese tropel de bárbaros que con sangrientas manos
 En delirante furia al pie de los tiranos
 Honra, familia, patria y religión echó?

¿Qué hicimos? — Ser tú un ángel, ungido de la gracia,
 Que siempre hallabas bálsamo para cualquier desgracia,
 Y nunca indiferente se te acercó un dolor;
 Ser yo desde temprano sostén del oprimido,
 Mi débil pecho de égida poner desprevenido
 No abandonar la víctima al sacrificador.

Quizá al morir fué el mismo tu triste pensamiento,
 Mi nombre de tus labios quizá el postrer acento,
 Y la postrer imagen de tu existencia, yo!
 Quizá el Edén perdido en tu pupila inerte
 Se bosquejó en un sueño, y en brazos de la muerte,
 Acongojó tu alma el bien que no gozó!

Tu perdonaste, mi ángel, y yo que en mí sentía
 La voluntad del fuerte, é indómita energía,
 Capaz de un mar de sangre y de vengarte bien;
 Me resigné a ser víctima por mantenerme bueno,
 Del mundo acepté humilde el cáliz de veneno,
 Y de punzante espina dejé ceñir mi sien.

El sacrificio — estéril, — está ya consumado,
 El porvenir ha muerto, mi bien, y en el pasado
 Solo hay para mi espíritu un mundo de dolor;
 Del corazón que amaste desangrará la herida
 Mientras palpita, Elisa, mientras le quede vida
 Para guardar memoria de tu divino amor.

Sin ti, de mi calvario terminaré el camino,
 En la inclemente patria nos separó el destino,
 Y ni aun la misma tumba nos unirá a los dos.
 Y tras la tumba, nada! . . . nada la mente alcanza,
 Polvo que pisa el hombre, no hay más, — no hay esperanza,
 Polvo que lleva el viento y no llega hasta Dios!